

## LA DEMOCRACIA EN CIERNES

*La Revolución Americana estalló y la doctrina de la soberanía del pueblo, que había sido nutrida en los pequeños poblados, tomó posesión del Estado.*

*Alexis de Tocqueville*

La doctrina clásica consideraba que la democracia era un sistema que únicamente podía funcionar en un espacio y una población reducidos. El ámbito natural de la democracia pura era aquel en el que cada ciudadano poseía toda la información frente a sus ojos; el medio le era tan familiar que se podía dar por descontado que los hombres estaban hablando de las mismas cosas. Los únicos desacuerdos importantes entre la gente eran los juicios que cada uno tenía sobre los mismos hechos. No había necesidad de garantizar la veracidad de las fuentes de información: eran obvias y accesibles a todos los miembros de la comunidad. La gente tenía la misma cantera de información, sus códigos pasaban por la familia, la escuela y la iglesia. Las premisas estaban dadas: el objetivo principal del entrenamiento intelectual era poder obtener deducciones y aplicaciones lógicas de esas premisas, más que la capacidad para cuestionarlas.

La doctrina clásica de la soberanía popular consideraba que la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo, era un instinto que funcionaba bien en un ámbito reducido. La democracia estaba confinada a un espacio pequeño dentro del cual gobernantes y gobernados tenían un acceso y un conocimiento directo de los hechos. Aristóteles expresó: **"Si los ciudadanos de un Estado**

**van a juzgar y a distribuir puestos de acuerdo al mérito, entonces cada quien debe conocer el carácter de los otros; en los casos en los que ellos no posean dicho conocimiento, tanto la elección como los puestos y las decisiones relacionadas con la ley serán equivocadas”** (La Política, Libro VII).

La ciencia política no se preocupaba por averiguar cómo conocía el ciudadano la realidad. Quienes creían que en el pueblo estaba depositada la capacidad para gobernar, no les parecía importante saber cómo mantener informado al votante. Suponían que los hombres aspiran y digieren los hechos de la vida pública casi de la misma manera como aspiran el aire. Consideraban que un buen corazón y una mente razonable generan un juicio sensato y balanceado.

Pero lo cierto es que la información que los hombres podían llegar a conocer de forma pasiva era, por supuesto, limitada. La realidad que no estaba frente a sus ojos no era posible conocerla instintivamente, como tampoco era posible absorber un conocimiento confiable por el mero hecho de vivir.

Según algunos padres fundadores de la democracia norteamericana, la facultad de gobernar estaba depositada por la divinidad en los agricultores que vivían en los reducidos espacios de las colonias inglesas del siglo XVIII. En opinión de Thomas Jefferson, Dios había depositado en los hombres la virtud necesaria para gobernarse a sí mismos. El problema se agudizó conforme se extendieron los territorios y aumentó la población. Ciertamente la gente no podía juzgar

adecuadamente un mundo que no podía observar; un mundo complejo, ajeno y distante de su experiencia personal. Este problema venía a fracturar la esencia del credo democrático que consideraba que una sensatez razonada surge espontáneamente del pueblo. Fue James Madison quien intentó deshacer el nudo al atacar la creencia de que las repúblicas sólo pueden funcionar en pequeños territorios. En el ensayo N°.10 del Federalista expresó: **“Los dos principales aspectos que distinguen a una democracia de una república, son: primero, la delegación del gobierno, en la última, a un pequeño número de ciudadanos electos por el resto de la población; segundo, el mayor número de ciudadanos y la mayor extensión del territorio sobre el cual la república puede extenderse. El efecto de la primera diferencia es, por un lado, refinar y alargar la visión del público al trasladarla por medio de un escogido cuerpo de ciudadanos cuya sabiduría puede discernir mejor el verdadero interés nacional, y cuyo patriotismo y amor a la justicia, difícilmente se vea sacrificado por consideraciones parciales y temporales...”**.

La afirmación de Madison era un excelente argumento contra la idea de que las distintas facciones, cada una luchando arduosamente en busca de su propio interés, podrían desmembrar la república, pero dejaba intacto el problema de que los ciudadanos y sus representantes no pueden tener más que una visión y una idea muy limitada de los asuntos públicos.

El ideal democrático que concibió Jefferson, basado en el de Aristóteles, estaba formado por un entorno reducido y una clase selecta: los agricultores. Esta concepción no

colisionaba con la doctrina política de la época. Luego este ideal fue concebido para toda la nación, en parte debido a las exageraciones del mensaje político -resultado de la emoción que produjo ese luminoso momento histórico-, y en parte por motivos electorales. Todos olvidaron rápidamente que esta teoría había sido concebida para circunstancias muy especiales. Pronto llegó a convertirse en el evangelio político que suplió los estereotipos con que los demócratas de todos los confines concebían la actividad política.

La fe en su nuevo sistema político los hizo insistir que en un territorio de grandes dimensiones todos los hombres pueden gobernar. En este dramático conflicto entre su doctrina y sus ideales, lo único que podían hacer era asumir, sin mucha discusión, que la voz del pueblo es la voz de Dios.

Esta nueva verdad política, raramente cuestionada aún en nuestros días, consideraba que dándole al pueblo un mínimo de información, éste es capaz de tener juicios razonables sobre los asuntos públicos, cualquiera que sea su lejanía o complejidad. Como veremos a lo largo de las líneas de este ensayo, el tema es bastante más complejo.